



UN FUTURO PERFECTO

Carlos Peña Vidal

UN FUTURO PERFECTO



Primera edición: febrero de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carlos Peña Vidal

ISBN: 978-84-18097-54-6

ISBN digital: 978-84-18097-55-3

Depósito legal: M-1374-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Es curioso que se le denomine «avance tecnológico» a ciertos aparatos que nos hacen RETROCEDER como especie.

Índice

AÑO 2557 Siberia, cárcel de alta seguridad	11
NAVE ANFIBIA TAURO Siberia	27
NAVE ANDRÓMEDA	31
KREMLIN Asamblea de líderes mundiales	35
NAVE ANFIBIA TAURO Océano Pacífico	41
Galileus	47
MICRONESIA Isla Nauru	51
ARIZONA	
Departamento Secreto de Inteligencia y Control Mental.....	59
Micronesia.....	65
Galileus.....	73
Misión Macao.....	87
DEPARTAMENTO DE SEGURIDAD NACIONAL	
América del Norte.....	109
Galileus.....	115
PHOENIX Arizona.....	131
NAVE TAURO	
Mar de la China meridional.....	135
Kremlin	147
NUEVA CALEDONIA Melanesia.....	155
Galileus.....	185
PARQUE CRAB PARK Vancouver.....	207
Vancouver	217
GALILEUS Un mes después de la expedición	235
REUNIÓN MISIÓN DOS Siete de la tarde.....	245
ISLAS MARSHALL Micronesia.....	251
GALILEUS Parte derecha del planeta	
Exploración dos.....	261
ARIZONA	
Centro de inteligencia y control mental	283

Nueva Zelanda.....	289
SUR DE TASMANIA Dos días antes.....	291
AÑO 2547 Diez años antes de la masacre en Nueva Zelanda	
Base militar japonesa de investigación y desarrollo Isla Iriomote,	
Japón.....	305
Al MISMO TIEMPO Alrededores del campamento.....	309
CABAÑA DEL GENERAL TAKASHI.....	323
AÑO 2557 Tasmania.....	341
AÑO 2547 DESIERTO DE NUBIA, SUDÁN	
Base militar americana.....	343
AÑO 2557 Tasmania.....	361
AÑO 2547 Nave Tauro.....	363
AÑO 2557 Tasmania.....	377
GALILEUS Una semana antes de Nueva Zelanda.....	391
NUEVA ZELANDA Playa de Dunedin.....	401
PLAYA DE DUNEDIN.....	405
Nave anfibia.....	413
EPÍLOGO.....	427

AÑO 2557

Siberia, cárcel de alta seguridad

—No vas a salir antes, por más que cierres los ojos y te pongas a pensar o lo que quiera que estés haciendo con los ojos cerrados —le dijo el guardia de seguridad encargado de vigilar a aquel prisionero que parecía estar más muerto que vivo.

Este respondió sin molestarse en abrir los ojos siquiera:

—Medito, soldado, debería probarlo.

El guardia lo miró extrañado.

—Esa estúpida práctica dejó de tener sentido el día en que se inventaron los paquetes de viaje programado.

Dichos programas, como tantas otras cosas, habían sido inventados por la compañía THE FUTURE, la cual los había diseñado con el propósito de lucrarse con las personas que, al no poder irse de vacaciones o viajar, disfrutaban de una experiencia similar cargándose un programa en su propio cerebro. Para ello, antes debían someterse a una operación en la cual les insertaban un puerto —similar en tamaño al de un USB— en la parte trasera de la cabeza, justo encima de la nuca, desde donde podía cargarse todo tipo de información.

Ya no eran solo «paquetes de viaje programado», también podían cargarse desde datos de la empresa en la que estuvieran trabajando, hasta un curso de guitarra —para los pocos que todavía conservaran una—.

El prisionero fue abriendo los ojos lentamente, su cara reflejaba tranquilidad a pesar de los moratones en piernas y brazos y el nauseabundo olor de sus ropas.

—Si de verdad piensas que la meditación o el silencio de la noche pueden comprarse en una tienda, es que te has pasado la vida entera sin escuchar de verdad.

—Jejeje, tiene gracia que me lo diga uno de los terroristas más buscados del planeta.

—De lo que queda de él, querrás decir —dijo el prisionero luciendo una media sonrisa. Ya que, a pesar de que sabía que tenía las horas contadas, no tenía intención de malgastar estas últimas lamentándose.

El guardia lo miró confuso; muchas eran las historias que había escuchado de aquel prisionero alto de ojos azules y espalda ancha que se peinaba de manera tan extraña. No usaba fijaciones para el pelo ni implantes de color, y se podría decir que ni siquiera se molestaba en darle forma a aquel cabello negro cuyo flequillo caía en cascada por los dos lados de la cara hasta los ojos.

Sin duda, el prisionero no acababa de encajar con la descripción que el guardia se imaginó la primera vez que escuchó su nombre: Gamo.

—¿Cómo es que te llaman Gamo?, ¿qué cojones es un gamo?

—Jajaja, el gamo era un animal parecido al ciervo. Me llaman así porque, al igual que él, cuando presiento peligro, corro.

—Supongo que el nombre te lo puso alguno de los pirados de tu banda y que tu nombre real no lo sabe nadie, ya que no sales en ninguna base de datos.

—¿Llamas pirados a los de mi banda? ¿Vosotros, que defendéis la hipocresía de las empresas que acabaron con medio mundo?

¿Vosotros, que después de ver lo que le hicieron las bombas al planeta y lo que sigue haciendo la radiación y el descontrol tecnológico, seguís defendiendo dicha conducta por lucraros

todavía un poco más? ¿Vosotros, que me abordasteis en mi nave matando a casi treinta civiles desarmados que se habían rendido antes siquiera de aterrizar? —los grandes ojos azules del prisionero se posaron en los de aquel joven guardia de piel oscura que no sabía bien qué responder ni si debía hacerlo.

—Nosotros... solo seguimos órdenes.

—¿Y hasta cuándo vais a seguir siguiéndolas?, ¿hasta que se acabe el mundo?, ¿hasta que encuentren otro?

—Dicen que ese nuevo planeta llamado Galileus reúne las condiciones necesarias para poder vivir allí. Supongo que lo que hacemos, lo hacemos por eso, aunque para ello haya que erradicar a los insurgentes que se niegan a obedecer y acatar los parámetros marcados por el protocolo que se puso en marcha después de la explosión de las bombas.

Gamo esbozó una sonrisa.

—¿Insurgente? Vaya... Suena mejor que hijo de puta, que es como me llama su querido coronel.

—Jajaja, sí, es un poco bruto —admitió el soldado.

—No le dejéis ser el primero en pisar Galileus, no vaya a ser que haya vida inteligente.

El guardia se sorprendió a sí mismo riendo.

—Jajaja, no sé ni qué hago hablando contigo, solo eres un traidor.

—¿A qué? —le preguntó este sin quitar su incisiva mirada.

—No cumples con el protocolo y te opones no solo a ser reclutado por el ejército, sino también convences a otros para que luchen contra él.

Gamo se quedó pensativo. Miró a aquel chico, lo evaluó, no debía tener más de veinticinco años, casi no sabía sostener aquel rifle láser y seguramente ni siquiera sabría usarlo llegada la hora. Así que se sentó después de sonreírle y volvió a cerrar los ojos.

El guardia no podía creérselo, ¿de verdad se iba a quedar así otra vez? Dentro de pocas horas le ejecutarían, al menos

eso le habían dicho, tenía que preguntárselo o no tendría otra oportunidad.

—Gamo... ¿cómo era la Tierra antes de las bombas? — Gamo sonrió complaciente.

—Solo tengo treinta y tres años, por lo que todo lo que te puedo contar es lo que me contó mi abuela y lo que le contaron a ella.

—Quizá sea mejor no saberlo —dijo pensativo el soldado—, solo era curiosidad.

—Si se trata de curiosidad, entonces no cabe duda de que tengo la obligación de contártelo.

»Fue a finales del año 2212 cuando todo empezó. La Tierra por aquel entonces gozaba de una flora y una fauna tan abundantes y variadas que la gente podía encontrar animales y plantas de todo tipo con el solo hecho de visitar un parque o un bosque. Los animales que ahora aguardan en rediles y mataderos para ser criados y ejecutados gozaban en gran medida de una libertad que ni siquiera nosotros, los seres humanos, disfrutamos a día de hoy. A diferencia de los robots y máquinas que se encargan de casi todos los trabajos manuales, antiguamente eran los propios humanos los que desarrollaban dichos trabajos. Es cierto que habíamos avanzado mucho en cuanto a tecnología, física, astrofísica o robótica, pero todavía no controlábamos el espacio aéreo, al menos no de la forma en que lo controlamos ahora. Había aviones, helicópteros, satélites, coches y demás vehículos que empezaron a despegar del suelo sustituyendo la conducción habitual por una en la que radares y sensores se hacían cargo de corregir los errores humanos que tantas bajas nos habían causado.

—No me puedo creer que fuéramos tan irresponsables para intentar tripular nosotros mismos las naves anfibas, las velocidades que alcanzan superan con creces las capacidades humanas para manejarlas.

—Lo de las naves anfibas vino luego, además, al principio no llegó a alcanzarse las velocidades que hoy entendemos como normales y, por supuesto, los vehículos aéreos no llegaban a

elevarse a más de un kilómetro del suelo, quitando aviones, helicópteros y demás.

La ciencia, a su vez, pegó un gran salto con la llegada de la ciber-estética, la ciber-salud y los injertos cerebrales. Poco a poco empezamos a moldear a nuestros hijos a nuestro gusto: rubios, altos, ojos verdes... incluso enfermedades hereditarias empezaron a ser borradas de nuestro ADN, por lo que se consiguió erradicar enfermedades como la diabetes.

—No sé de qué me estás hablando, Gamo.

—De lo que nunca te ha contado nadie. Cuesta creerlo, ¿verdad? Nacer con una enfermedad.

—No entiendo eso de que antes no eligieras el color de pelo de tu hijo.

—Por lo que me han contado, así era; los padres tenían que esperar nueve meses para ver a su nuevo vástago.

—¿Nueve meses esperando?! ¡Venga, hombre, para que luego salga como tú!

Gamo sonrió.

—Pero todo esto solo fue el comienzo de la revolución tecnológica. Como en todo, había cosas que eran buenas y eficaces y cosas que nunca lo fueron. Poco a poco, los drones empezaron a saturar los cielos de países considerados enemigos. Las matanzas, justificadas por el gobierno de aquel entonces, se llevaban consigo tanto a objetivos como a civiles. Los ordenadores mutaron completamente gracias a un hombre llamado... no me acuerdo de su nombre, pero fue él quien inventó el primer ordenador cuántico.

El guardia, absorto en la historia, intentaba visualizar un pasado que se le antojaba imposible, y más aún contado por una de las personas más odiadas por La Orden (el gobierno actual).

—Gamo, no entiendo cómo eres capaz de hablar así. Yo... pensaba que los traidores erais diferentes.

—Nosotros somos a vuestros ojos como os han descrito que debemos ser. Gente sin escrúpulos y despiadada que no quiere que el mundo avance.

—Bueno... continúa, ¿qué pasó con las bombas y por qué explotaron? Y no te acerques demasiado a los sensores láser que te vas a quedar sin piernas.

Lo bueno que tenían estas cárceles es que en las celdas no hacían falta puertas ni muros por el lado que daba al pasillo. Lo malo era que, como rozaras el límite pintado en el suelo...

Gamo continuó con la historia.

—Los ordenadores cuánticos eran tan veloces que tareas para las que antes se requerían días, ahora las podías llevar a cabo en tan solo una hora, por lo que en poco tiempo todo el mundo tubo, al igual que ahora, su propio ordenador cuántico.

—¿Y para qué lo usaba esa gente? ¿Lo usaban, al igual que ahora, para hacer el amor de forma virtual, usando electrodos y enviando a través de ondas estímulos e imágenes?

—...No tengo ni idea, pero lo que sí sé es que la red empezó a colapsarse de tal forma que el mundo empezó a vivir más tiempo dentro de ella que fuera. Los *conmutadores* (móviles, en el pasado) empezaron a evolucionar mientras que los *zorros informáticos* (los hackers) se empezaron a hacer con el sistema. Muchas fueron las personas que empezaron a dar aviso de los nocivos efectos que conllevaba vivir en esa realidad ficticia en la cual no éramos más que datos. La esencia del ser humano se fue perdiendo por momentos, cada nuevo invento que salía nos alejaba un poco más de aquello que nos hacía humanos...

—¡Espera, espera! Yo llevo un conmutador de última generación y unas gafas cuánticas ligadas a mi traje inteligente. Todo lo que veo, toco y siento está gestionado por un programa que regula mi pulso cardíaco y la intensidad de luz para adecuarla a mis ojos.

¿Estás diciendo que ya por eso soy menos humano que tú?

Gamo lo miró con pena, se apartó el cabello de los ojos y respondió mirándolo directamente a los suyos.

—¿Has visto las estrellas desde algún monte cercano? ¿Cuánto hace que no acaricias a una mujer... que la besas...?

¿Cuándo fue la última vez que te bañaste en un río o en la playa sintiendo el agua en tu cuerpo, dejándote llevar por las olas sin esos trajes y gafas que regulan tu temperatura corporal y que te permiten llevar tu conmutador en el brazo? ¿Has escuchado a los pájaros alguna vez en tu vida?

—Yo...

—Da igual, no tenemos tiempo, te contaré el final de la historia.

—¿Tiempo para qué?

Pero Gamo retomó la historia. No había tiempo y ese chaval se merecía al menos saber algo más sobre su mundo.

—Todo se convirtió en datos y todo lo podías hacer sin moverte de tu sofá, desde esquiar a comprarte un refresco. A tal punto llegó la cosa que la gente contrataba seguros para que les protegieran en la red.

Pero el peor invento fue el programa RADIOX, diseñado para el traslado y recuento de material armamentístico. En vista de sus notables resultados, el programa fue abarcando más campos, todos ellos dirigidos por La Orden, la cual aseguró siempre que no había nada que temer, que tener las armas y bombas de medio mundo sujetas a un programa era la manera más segura y fiable de controlarlas. Esto evitaba disputas con los demás países que sabían que, sin sus respectivas claves, RADIOX jamás podría ejecutar una orden, ni siquiera la persona que lo creó.

Alejadas todas las dudas y resuelto el problema de que cada país tuviera sus propias armas, RADIOX se hizo guardián de todas las bombas de los países aliados. Fin de la historia.

—¡Qué dices, no me jodas! ¿Cómo qué fin de la historia?!

—Bueno, no me pagan por contar historias.

—¡No me jodas, Gamo!, que sabes que he apagado el programa para no grabar todo esto y para que no nos vean, ¡cuéntame el puto final!

Gamo se rascó la barba de cuatro días mientras miraba al otro lado de su angosta celda; «como tarda, espero que sea puntual esta vez», pensó.

—Vale, tranquilo. ¿Te acuerdas de la destrucción que provocaron las bombas? ¿Todos esos países que quedaron reducidos a cenizas y todos esos otros en los que la radiación es imposible de soportar?

—Sí, nos preparan para ello. Sé perfectamente todo lo que hay que saber sobre los estragos provocados por las bombas. Además de saber que murieron dos mil millones de personas, dejando el planeta diezmado.

—Pues todo esto se debió a un error del programador informático. No fue un terrorista, ni una mala persona, solo alguien que dejó en manos de un programa la vida de ocho mil millones de personas. Gracias a que no se dispararon todas las bombas y algunas erraron objetivo, podemos mantener esta conversación.

—A nosotros nos contaron que fueron los rusos.

—Americanos —dijo Gamo agachando la cabeza—, nunca hacéis nada mal.

¡PAMMM! Un estruendo ensordecedor procedido de una lluvia de piedras hizo que tanto Gamo como el guardia se cayeran al suelo. La pared de la celda que daba al exterior había quedado reventada.

El pitido en los oídos y la vista nublada hacía difícil la incorporación. Gamo se puso de pie y esperó a ver que el chaval hiciera lo propio.

—He de irme, ¿quieres venir?

El guardia se puso firme y le apuntó con su arma. No era fácil, ya que todo estaba lleno de polvo.

—¡No te muevas o disparo! ¡Me has engañado para ganar tiempo, hijo de puta!

La alarma empezó a sonar.

—No hables como tu coronel, hombre. Todo lo que te he contado es verdad, de ti depende elegir ahora.

Y tras decir esto, se dio la vuelta y echó un vistazo por el agujero de la pared.

Su nave anfibia estaba esperándole al otro lado.

—¡Quieto o te mato!

Gamo le miró con coruosidad.

—Tienes tres opciones: me matas y asumes las consecuencias que eso supondrá, te quedas aquí para que todo el mundo piense que me ayudaste a escapar o te vienes conmigo y descubres un mundo diferente. Date prisa, tenemos un dron justo encima.

Dicho esto, Gamo salió andando hacia la rampa de la nave.

«¡Joder!, ¿será cierto que fue un puto fallo informático? —pensó el guardia indeciso— ¡A tomar por culo, no voy a matarle y no puedo quedarme aquí! Soy somalí, que les defienda otro».

Y Abdi salió corriendo detrás de aquel loco con gabardina y botas negras.

El holograma de la persona que se paseaba en medio de la habitación y no dejaba de chillar exasperado por la incompetencia del personal de lo que debería ser una cárcel inexpugnable, no era sino el del mismísimo jefe de Seguridad Nacional Americana.

—¿Cómo coño se ha podido escapar en una nave anfibia de cien metros de largo sin que ni siquiera le hayáis podido colocar un rastreador?! ¿Alguien me lo explica?!

—Señor, creemos que le ayudaron desde dentro, un soldado desapareció con él después de la explosión.

—¡Pues matad a ese soldado! —chilló exasperado aquel hombre ancho y con algunos kilos de más cuya fulminante mirada era la de alguien que lleva mucho tiempo dando órdenes.

—Señor, con todos mis respetos... era un buen soldado. El tal Gamo ese es un experto manipulador, solo hay que ver a todas las personas que ha conseguido convencer para que no sigan el protocolo de emergencia global.

El jefe de seguridad, de unos cincuenta y cinco años y pelo blanco se quedó parado mirando a lo lejos, como si recordara algo de un pasado remoto.

—¿Señor?

—¡Dejadle ir!

—Pero... usted mismo nos dijo que lo ejecutaríamos mañana.

—Pues ahora te digo que le dejes ir, teniente. Tengo mucho que pensar y pocos medios para realizarlo; necesito a cada hombre en su puesto.

—Así se hará, señor. De todas maneras, no irán muy lejos. En cuanto salgan de esa nave el reconocimiento facial del satélite enviará su ubicación. Podremos destruirlos a todos pulsando un solo botón.

—Parece que no lo entiende, teniente. Quiero a ese hombre vivo, lo necesito.

—¡Pero, señor, si es un traidor!

El jefe de seguridad miró a su teniente sin atisbo de sorpresa o duda en su cara por las palabras que acababa de oír. Sabía de sobra que el rango no era algo que se regalara. Sin duda, ese hombre era valiente y leal, pero ambas cualidades no le hacían competente a la hora de abordar problemas como ese, para eso estaba la gente como él.

—Teniente, usted mismo ha dicho antes que ese hombre es un experto manipulador. ¿Qué necesita ahora mismo la gente de la Tierra?

El teniente Walter meditó su respuesta.

—Comida, señor, y tiempo libre, si se me permite la sugerencia. La gente no aguantará mucho más trabajando de sol a sol por la promesa de un planeta nuevo en el que poder empezar de cero.

—¡Crear, teniente, crear!, eso es lo que necesitan, y si nosotros no somos capaces de convencerlos, quizá él si lo sea.

—Con todos mis respetos, Gamo solo lucha por sí mismo y por la libertad de aquellos que se oponen al protocolo.

Además, es un ser carente de moral, no entiende de lealtad ni de compromiso, es más, solo quiere seguir tripulando esa nave y refugiarse en islas donde bañarse, comer, bailar e incluso hacer el amor de las formas más primitivas... Ni siquiera usa traje para meterse en el agua o establecer contacto con una mujer. Ese hombre es un retroceso en la escala evolutiva; jamás entenderá el concepto de nación o de trabajo.

Malder, el jefe de seguridad, miró a su teniente mientras que en su cara empezaba a dibujarse una sonrisa de verdadera felicidad.

—Todo hombre tiene una debilidad, algo por lo que daría la vida o por lo que la cambiaría. Encuentre ese algo, teniente, y dejaremos de una vez por todas esta estúpida y gastosa persecución que no nos ha traído más que bajas y tiempo perdido. Tiene que ser él quien venga a buscarnos, y cuando lo haga, quiero que esté tan deshecho que no haga falta repetirle dos veces lo que va a tener que hacer por el país y por el mundo.

Walter, hombre de color, de cuarenta años y pelo corto y rizado, escuchó atentamente cada palabra de aquel al que consideraba un ser superior. No solo por su inteligencia, sino también por su falta de escrúpulos. No es que fuera nuevo el que un país usara a un terrorista o convicto para su propio beneficio, pero querer utilizarlo para que convenciera a todo un planeta de algo en lo que él mismo no creía era cuanto menos... imposible. Mucho habría que corromper a ese hombre y mucho tendría que ser su dolor para que accediera a tales propósitos. Pero si era por el bien de la Tierra...

—Déjelo en nuestras manos, señor.

Supongo que así empezó todo, al menos todo lo relacionado con esta historia, una de las miles y miles de historias que han ocurrido en nuestro planeta. Una de las millones y millones de historias que habrán pasado a lo largo de los siglos por

los billones y billones de planetas que forman ese inacabable mar oscuro llamado universo, en el cual los científicos se han afanado durante siglos en desenmarañar, con cálculos y naves interestelares, los misterios de algo que los supera. Colapsados de información y de falta de medios para abarcar tamaña aventura, se obcecaban en intentar saber si el sol durará al final tanto como se estipuló hace diez años o si el universo acabará comprimiéndose o expandiéndose, tarea poco gratificante para una especie que ni siquiera puede vivir sin oxígeno.

Gracias a las enormes cantidades de dinero invertidas en proyectos espaciales, se ha conseguido alcanzar velocidades que nos permiten movernos por el cosmos con relativa facilidad. La hibernación y la robotización de absolutamente todo nos ha permitido contemplar lugares con los que nunca hubiéramos soñado poder llegar a ver; ya no solo los planetas de la Vía Láctea, los cuales quedaron descartados hace ya mucho tiempo como posible colonia, sino también aquellos que orbitaban cerca de una estrella y en los que se daban condiciones similares a las de nuestro planeta. Aun así, éramos incapaces de encontrar alguno con un elevado porcentaje de posibilidades de supervivencia para nuestra raza.

Pero todo este salto tecnológico pasó hace mucho tiempo, mucho antes del fatídico día, en una época donde la tecnología y el optimismo lo empañaban todo. Una época donde el cuerpo de la gente era capaz de vivir ciento treinta años, aunque la mente no aguantara más de noventa sin estar sanándola constantemente mediante programas de regeneración de tejidos y correcciones en los sistemas límbicos.

En esta Tierra donde no quedaba petróleo y la mitad de las especies animales se habían extinguido, ocho mil millones de personas trabajaban mano a mano con robots para pagar sus órganos robóticos, los cuales les harían vivir muchos más años que sus antecesores, convirtiéndose la vida en una carrera para ver quiénes eran los que más tiempo pasarían en un planeta

del cual ya eran pocos los que disfrutaban debido a las largas jornadas laborales que contribuían a pagar ese «tiempo extra» que sus cuerpos, por defecto, no les concedían. La felicidad empezaba a carecer de valor ya que las sustancias segregadas por nuestros cerebros y las glándulas que las segregaban eran estimuladas por programas que hasta las propias empresas regalaban a empleados cuyos horarios los desquiciarían de no ser por esas altas dosis extras de serotonina. Todo el mundo empezó a implantarse el famoso **injerto** en la parte posterior de la cabeza, permitiéndose gozar de los más de mil programas creados para poder disfrutar de todo aquello para lo que uno no tenía tiempo, y aunque muchos fueron los que se opusieron a dicha operación alegando que los programas creados por la empresa THE FUTURE dejaban residuos en forma de datos con los que poder manipular a las personas a su voluntad, la inmensa mayoría cedió a una publicidad que lo embadurnaba todo.

Pero todo no era malo, incluso para dicha gente que se oponía a tales cambios en la bioquímica del ser humano; la erradicación del cáncer por medio del control de células fue un éxito rotundo. La esperanza de vida aumentó y así la población mundial, nublada por los impresionantes avances en la ciencia y harta de sangrientas guerras como la que había protagonizado América contra los países islámicos, botaron un «sí» rotundo al programa RADIOX. Nadie quería volver a ver esas imágenes en donde Irán, Afganistán y Pakistán habían quedado reducidos a cenizas. La barbarie y el horror producidos en dichos países había sido excusada por el mismísimo presidente de los Estados Unidos debido a la amenaza de la creación de una bomba que podría desestabilizar a la Tierra sacándola de su órbita. Es cierto que América y Rusia hacía tiempo que disponían de dicho armamento, pero permitir que los científicos iraníes se hicieran con tan destructiva arma no era sino una locura que conduciría a la Tierra a su fin. Nunca

nadie se adjudicó tal acto. Ni americanos, ni rusos, ni chinos admitieron haber lanzado esos tres misiles ROCKET que borraron del planeta a tres países enteros con sus trescientos millones de personas prescindibles, según el criterio de aquel que diera la orden.

Quizá fue esto el desencadenante de la aprobación de ese nuevo programa que prometía seguridad y, sobre todo, control del armamento de las principales potencias mundiales.

Sea como fuere, los humanos nunca llegaron a olvidar lo fácil que había sido sesgar la vida de tanta gente destruyendo cada edificio y cada casa como si de paja se tratase. Pero cuando uno no puede olvidar, suele optar por sustituir, por lo que las imágenes programadas y la segregación de serotonina aumentaron un 50%, lucrando todavía más, si cabe, a empresas que, a su vez, seguían inventando todo tipo de máquinas con las que facilitar la vida de ese ser humano, que de humano ya empezaba a tener poco.

Las máquinas de sueño programado resultaron ser la solución a problemas como el insomnio, con el aditivo de que, además de poder elegir la hora en la que te dormías, también podías elegir el sueño, mermando todavía un poco más esas horas libres que pasábamos sin utilizar ningún aparato electrónico.

Pero un día todo acabó. De nada sirvieron todos esos seguros de defensa cibernética ni todos esos órganos implantados para ganarle diez años a la muerte, ni siquiera los miles de amigos que pudieras tener en la red y a los cuales veías por medio de las gafas cuánticas en forma de hologramas. RADIOX falló, y el resultado fueron más de veinte países que se convirtieron en desiertos llenos de radiación. Ese programa con inteligencia propia que se había creado para defender la paz, había cambiado el mundo de manera irreversible. Dos mil millones de personas exterminadas no era algo que pudiera digerir una mente con facilidad.

Fue aquí donde muchos humanos se quitaron las gafas cuánticas, dejaron sus conmutadores en la mesa, apagaron sus robots domésticos, respiraron el aire que entraba por la ventana en vez del de sus aljibes de oxígeno y se desconectaron de una red que formaba parte de toda la casa, ya que todo estaba conectado a todo y a su vez a todo lo que había fuera. Fue aquí donde muchos humanos reprimieron sus ganas de irse a dormir y soñar que estaban en el Caribe, como cada noche, o de calibrar sus neurotransmisores... era hora de sentarse y pensar, por una vez, como ser humano.

Primero fueron los llantos por las víctimas, después el desconcierto al no saber qué había pasado o si volvería a pasar otra vez y, por último, la resignación.

Los gobiernos supervivientes al holocausto, saturados por tanta manifestación y desasosiego, decidieron unirse por primera vez en la historia de la humanidad creando una especie de organismo que tomaría el control del mundo, o al menos de lo que quedaba de él. La Orden, la llamaron.

Rusia, América del Norte, China, Japón, India, Arabia Saudí y demás supervivientes que formaron dicha unión, dieron preferencia a la reconstrucción y el saneamiento de las zonas afectadas sin darse cuenta de que la fe y el sometimiento de los ciudadanos supervivientes distaba mucho de lo que sus constructivas mentes imaginaban.

Fue entonces cuando apareció Galileus, o quizá cuando dijeron que había aparecido. Un planeta con las condiciones ideales para la raza humana y donde el ser humano podría remendar sus errores empezando una vida que antepusiera el respeto por el planeta a los conflictos gubernamentales y el dinero.

Espoleados por la promesa de un futuro sin radiación ni armas nucleares, los habitantes de la Tierra retomaron la —cada vez más— ardua tarea de reconstruir lo *irreconstruible* mientras que diseñaban prototipos y modelos de ciudades para aquel nuevo planeta que los sacaría de ese mar de llanto y recuerdos.

Pero no todos fueron los que cedieron a las exigencias de La Orden; muchos, sin embargo, se negaron a trabajar doce horas diarias sin más recompensa que la promesa de un mísero salario y un supuesto futuro mejor en manos de las mismas personas que habían destruido su presente.

Esta es la historia de un grupo de ellos, gente que sabía quiénes serían los primeros en irse a ese nuevo planeta tan extraordinario. Personas que se dieron cuenta de que La Orden nunca dejaría la Tierra sin población hasta que se gastaran todas las materias primas que quedaban y que, una vez agotadas, nadie les aseguraría una casa en aquel planeta al cual solo se podía llegar mediante una nave como Adrómeda, preparada para viajes en masa. Si La Orden pensaba fabricar las miles de naves que necesitaría para transportar y abastecer a todos los habitantes de la Tierra hasta GALILEUS, era algo que a algunos les pareció irrelevante. A este pequeño grupo de gente no les importaba el dinero ni el poder ir a ese nuevo planeta, ni siquiera el tener una casa donde la robotización les liberara de tareas manuales. A este grupo de gente al que La Orden bautizó como Insurgentes, solo les importaba una sola cosa: ser libres; y aunque esta libertad les había costado hasta ahora cuatrocientos años de guerras con la milicia, nunca hubo un hombre que, antes de morir desintegrado, se arrepintiera de haber sido, aunque fuera por un pequeño porcentaje de tiempo, dueño de su propia existencia.